

Cuando hablamos de Historia... ¿de qué hablamos?

María Rosa Carbonari¹

Resumen

En el dictado de las primera aulas de la carrera de Historia es frecuente plantear, para introducirnos en el campo profesional, ciertas reflexiones que permitan pensar su conformación como área de conocimiento. La tarea supone presentar las diferentes interpretaciones sobre los acontecimientos, los procesos temporales y su relación con la coyuntura en la que se expresan. Así, se busca que los alumnos entiendan los porqués de la diversidad de enfoques y las conexiones que pueden establecerse entre las explicaciones realizadas, el momento histórico al que refieren y la coyuntura actual en la que se los estudia.

El recorrido no es sencillo ni simple y en el ejercicio también se propone un diálogo con las concepciones del sentido común de la historia. Es decir, con los modos en que el vocablo forma parte del lenguaje cotidiano y las diferentes formas de construir conocimiento toda vez que su base y sustento está en la temporalidad.

En este escrito justamente abordaremos ese nudo de las

1-Dra. en Historia, Directora Centro de Investigaciones Históricas, Prof. Introducción la Historia Departamento de Historia Facultad. de Humanidades, UNRC

reflexiones, particularmente en lo atenido a: 1) la creencia más común referida al profesional: el memorialista y el aprendizaje memorístico; 2) el uso cotidiano del vocablo “historia”, sus contextos y la explicación científica; 3) la tridimensionalidad del tiempo; y 4) las diferentes y variadas funciones que se le asigna a la historia más allá de su construcción científica.

Abstract

In the dictation of the first classrooms Career History often raise, to usher in the professional field, enabling certain reflections think its conformation as an area of knowledge. The task involves presenting different interpretations of events, processes and their temporal relation to the situation in which they are expressed. Thus, it seeks to help students understand the whys of the diversity of approaches and connections that can be established between the explanations made, the historical moment and referring to the current situation in which they are studying.

The path is not easy nor simple and dialogue with the exercise of common sense conceptions of history is also proposed. That is, with the ways in which the word is part of everyday language and the different ways of constructing knowledge base whenever and livelihood is in the timing. In this paper we will address just that knot of reflections, particularly adhered to: 1) the aforementioned professional most common belief: the memoirs and rote learning; 2) the everyday use of the word "history", their contexts and scientific explanation; 3) three-dimensional time; and 4) the different and varied roles that are assigned to the story beyond its scientific construction.

Introducción

En el dictado de las primera aulas de la carrera de Historia es frecuente plantear, para introducirnos en el campo profesional, ciertas reflexiones que permitan pensar su conformación como área de conocimiento. La tarea supone presentar las diferentes interpretaciones sobre los acontecimientos, los procesos temporales y su relación con la coyuntura en la que se expresan. Así, se busca que los alumnos entiendan los porqués de la diversidad de enfoques y las conexiones que pueden establecerse entre las explicaciones realizadas, el momento histórico al que refieren y la coyuntura actual en la que se los estudia.

El recorrido no es sencillo ni simple y en el ejercicio también se propone un diálogo con las concepciones del sentido común de la historia. Es decir, con los modos en que el vocablo forma parte del lenguaje cotidiano y las diferentes formas de construir conocimiento toda vez que su base y sustento está en la temporalidad.

En este escrito justamente abordaremos ese nudo de las reflexiones, particularmente en lo atenido a: 1) la creencia más común referida al profesional: el memorialista y el aprendizaje memorístico; 2) el uso cotidiano del vocablo “historia”, sus contextos y la explicación científica; 3) la tridimensionalidad del tiempo; y 4) las diferentes y variadas funciones que se le asigna a la historia más allá de su construcción científica.

1. Desarmar la creencia común de lo que se entiende por *Hacer y Saber Historia*

Hay en general una creencia instalada en la sociedad que considera a los historiadores/as un libro abierto - o una especie de Google- que sirve para dar respuesta a todo tipo de preguntas (descubrimientos, invenciones, biografías, etc.). Es decir, el historiador es el que tiene información desde los tiempos inmemoriales al presente y acerca de todo lo conocido en este globo. Evidentemente, aún intentándolo, no alcanzarían los años de estudio ni toda la vida para llegar a aprehender tanta cantidad de conocimiento hasta hoy acumulado. El prejuicio, entonces, no es menor para la profesión y requiere ocuparse. Salir del sentido común y entender el fundamento del Conocimiento Histórico es toda una tarea y en primer lugar requiere de algunas diferenciaciones.

Es necesario diferenciar, por ejemplo, el concepto historia que refiere a lo que sucede o “la historia-acontecimiento” de la Historia como “disciplina de conocimiento”, dirá Pierre Vilar (1991). Así, en tanto puede postularse que la historia-acontecimiento nace junto a la evolución de la humanidad, la Historia Conocimiento, o interpretación – como expone Miguel Angel Gallo (1996:13), surge cuando las sociedades se ocupan de registrar de algún modo los acontecimientos y de computar el tiempo dejándolo señalado en algún soporte para la posteridad.

En ese marco, si la humanidad ha sido atravesada de manera continua por disputas de dominio -con enfrentamientos, masacres,

revoluciones, negocios públicos y privados, acuerdos, desacatamientos, robos, fusilamientos, deportaciones, resistencias, etc.-, fue solamente a partir de cierto momento que comenzó a registrar sus acciones. Cuando lo hizo, colocó el germen de lo que luego imprimiría cierto carácter al entendimiento de la Historia como ciencia. Y ello, por supuesto, implicó un segundo paso. No solo el del registro, sino el de un tipo de registro que ya no fuera el de las indicaciones de los dioses, sino el de la aplicación de los razonamientos y las búsquedas de explicaciones que asentaran a posteriori el conocimiento moderno.

La Historia, entonces, esa que identificamos con mayúscula, puede postularse que surgió en Grecia con Heródoto de Alicarnaso, toda vez que éste la entendía como “pesquisa” o “averiguación” que buscaba diferenciarse de otras narraciones como son los mitos (narraciones sobre acciones de los dioses) y las leyendas (narraciones que contienen parte de verdad y partes fantasiosas, por tanto no necesariamente verídicas). Claro que los mitos y las leyendas son también relatos históricos, pero en tanto no se rigen por principios de verdad, no pasan a nutrir el acervo de la Ciencia Histórica. O como bien sostiene Bloch, la Historia debe ser entendida como un “*conocimiento racional*”, dado que su importancia está en la manera que “*nos promete una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva*” (Bloch, 1978:14) que otros tipos de relato no se proponen, agregaríamos nosotros.

Ahora bien, otra consideración a revisar, se refiere a **la memoria** como herramienta de aprendizaje. Es frecuente asociar la “*buena memoria*” para estudiar con recordar nombres de personajes y de fechas,

de enfrentamientos o de tratados, por ejemplo. No obstante si bien el ejercicio de la memoria para potenciar la inteligencia es necesario para la Historia como para cualquiera disciplina social, ello no basta. Preocupados por saber los procesos históricos y memorizar acontecimientos, se estudia y se aprende la Historia como un producto acabado a partir de manuales de síntesis. Pero si eso caracteriza al memorialista aficionado al pasado, la carrera profesional atenta a sistematizar y problematizar el conocimiento adquirido merece otra práctica. La “*memoria mecánica*”, de repetición literal “*papagáyica*”, a decir de Lucien Febvre: “*sin misterio y sin vida*” (1971: 155), solo sirve para su reproducción sin una asimilación, sin una reflexión y un análisis que involucre a criterios propios. La memoria como única herramienta de estrategia de aprendizaje debe ser desterrada entre quienes pretenden dedicarse a la profesión de la Ciencia Histórica. Mientras que continuemos dando soporte solo a la memoria, el riesgo será que, como denunció Febvre, “*se fabriquen y se perpetúen esas generaciones de historiadores sin ideas, sin pensamientos, sin exigencias intelectuales...*” solo capaces de retener “*nombres, títulos y fechas*” (Febvre, 1971: 155).

Por ello no es suficiente para introducimos en el campo profesional de la historia tener buena memoria, sino ir más allá de la lectura y del registro de los procesos expuestos por otros historiadores. La memoria es un requisito, pero la profesión del historiador requiere dialogar y procesar -analíticamente- de forma continua la información que los estudiosos aportan. En ese ejercicio, entender un relato implica poder relacionarlo con otros y con diferentes postulados. De esa manera, a los datos que se

trabajan se los pone en duda, en relación y en análisis utilizando el razonamiento, lo que permitirá adquirir autonomía en la búsqueda del conocimiento.

Salir de la memoria mecánica y de la ingenuidad de ciertos saberes históricos producidos y lograr **autonomía** en el posicionamiento de la Historia construida, aprendida y enseñada, supone recorrer algunos pasos necesarios. Entre ellos, la reflexión sobre las formas de construcción de las distintas y variadas maneras de expresar lo que se entiende por Historia (teoría) y las formas en que ésta es construida (método) en cuanto a sus fundamentos y soportes empíricos, es clave. Pues es a partir de su reconocimiento que se inicia la elaboración de una producción de conocimiento propio. Y esa autonomía en el pensamiento y en la producción del conocimiento (siguiendo a Paulo Freire, 1997) es la que imprimirá en el profesional su propio posicionamiento.

2. Entre el uso cotidiano, sus contextos y la explicación científica

La palabra Historia, como se expresara anteriormente, forma parte de nuestro vocabulario cotidiano y hacemos referencia a la misma de forma frecuente. Por ejemplo, cuando buscamos descalificar algunos relatos que nos parecen poco verosímil y dudamos de su credibilidad, solemos decir “*no vengas con historias...*”. También es frecuente escuchar que alguien diga “*la historia no me gusta*” o “*la historia es aburrida*”, para referirse al contenido curricular de la disciplina que debió aprender en el transcurso de su paso por el sistema educativo. Así como a

sus formas de aprendizaje memorístico por el cual la historia se asocia a la cronología y a una secuencia lineal de datos.

También otra expresión usual es “*la historia se repite*”, cuando se hace referencia a una perspectiva recurrente y sin posibilidades de cambio, mostrando tal vez una posición pesimista frente al status quo. Se suele hablar, además, de aprender de las “*lecciones de la historia*” dado que la “*historia es la maestra de la vida*”, insistiendo en el papel del pasado como conductor de las acciones del presente. En otro orden, la canción de Lito Nebbia que versa “*Si la historia la escriben los que ganan, quiere decir que hay otra historia: la verdadera historia*”, nos remite a la idea que los relatos están bajo el dominio de los vencedores y por tanto sería preciso construir la otra historia, la de aquellos que no triunfaron. Y así, la lista puede nutrirse de otros y variados ejemplos.

Esos usos fueron ampliando el objeto y temas de los historiadores. Una Historia política del Estado –los próceres- y sus héroes vencedores, sosteniendo la historia a partir de la “*biografía nacional*”, dio cabida luego a los procesos económico-sociales. Así se abrió paso al análisis del capitalismo y, por ejemplo, la historia de la clase obrera. Es decir, la historia de aquellos que configuraron el mundo del trabajo, como lo hicieron el historiador Eric Hobsbawm (1917-1992) y Edward P. Thompson (1924-1993), anclados en la tradición del marxismo. O de las clases subalternas, a decir de Antonio Gramsci (1891-1937). Otros desarrollos incorporaron a los excluidos tanto de la Historia Política como de la Económica-Social. Fue el medievalista Jacques Le Goff (1924-2014), por ejemplo, quien se dedicó a los marginales de la Historia de la Edad Media:

heréticos, leprosos, judíos, brujos, extranjeros y todos los que posibilitaban tratar una historia desde la diferencia (Le Goff, 1991). Y a ello se sumó también a las mujeres y sus poderes en la historia (Duby y Perrot (1993) y Perrot, 1988).

Así, la Historia se fue renovando en sus abordajes e incorporó nuevos objetos en los sujetos que reclamaban un lugar en la sociedad y por tanto en la propia Historia construida. En ese marco se dio atención a “*la visión de los vencidos*” a partir de registros “indios” del mundo andino (Nathan Wachtel, 1971) o de la historia mexicana (León-Portilla, 2008). A los que posteriormente se fue sumando los *silenciados de la Historia* para hablar de los negros esclavos en Brasil (Mattos, 1995), por mencionar algunos, que hasta fines del siglo XX tuvieron escasa trascendencia. En síntesis, así como los conceptos son históricos, sufren cambios y es preciso comprenderlos dentro de su contexto espacio temporal -como sostiene Koseleck-, el concepto de historia en sus usos cotidianos también es mutable y se aplica con diversas perspectivas: a veces para augurar el cambio, otras para simplemente mantener la tradición sin transformaciones.

3. La tridimensionalidad del tiempo: Historia no es solo pasado

A decir de Marc Bloch, la Historia es una “*Ciencia que estudia a los hombres en el tiempo*”, “*tiempo continuo*” que es a la vez “*cambio perpetuo*”. Ciencia que debe comprender a los hombres en su “*atmósfera mental*”, por ello la temporalidad no debería quedar solo en el pasado,

dado que para estudiar los fenómenos históricos “*los orígenes no bastan*”, sino indagar las razones de su mantenimiento en el tiempo (1978: 29). Así el objetivo de la Historia es comprender a las sociedades en el tiempo, en relación dialéctica entre el presente y el pasado buscando “*unir el estudio de los muertos con el de los vivos*” (Bloch, 1978: 57).

En ese marco las conjugaciones verbales varían. Utilizamos el tiempo **presente** para, por ejemplo, insistir en el protagonismo de los sujetos en la actualidad, con frases como: “*vivimos la historia*”, “*estamos presenciando un momento histórico*” o “*la actual coyuntura histórica*”. El filósofo Walter Benjamín (1892-1940) sostuvo que “*los que en cada época están vivos se ven en el mediodía de la historia* (En *Obra de los pasajes*, N 15, 2, 2005), por lo que el mediodía es el efímero tiempo presente, contención de un trayecto anterior (el pasado) que debe ser entendido en función de un camino posterior (el futuro).

Sin embargo, la asignación más usual hace referencia al **pasado**, es decir “*lo que pasó*”. Ello se apoya en las definiciones tradicionales de la Historia como disciplina que refiere al estudio del pasado de la humanidad o a los considerados “hechos más significativos” protagonizados por los hombres en el pasado. Así se entiende que el objeto de la Historia es sólo pasado.

Pero, también usamos el concepto para evocar al futuro: “*La historia me absolverá*”, es la expresión conocida de Fidel Castro (1953) cuando asumió su defensa jurídica por el ataque al cuartel de Moncada en la etapa inicial de la Revolución Cubana. Más contemporáneamente, el Vicepresidente de los argentinos, Julio Cesar Cobos (2008), sostuvo: “*La*

historia me juzgará”, cuando manifestaba su voto “no positivo” ante el conflicto por la renta sojera; es decir, cuando votó en forma contraria al proyecto oficial de la presidencia. Otras expresiones, como “*La historia no perdonará*” o “*vendrá otra historia*”, nos evidencian que la palabra se relaciona también con perspectivas teleológicas y expectativas hacia el futuro, al porvenir, a la utopía. En ese juego dialéctico entre pasado y futuro, como expresa Waldo Ansaldi (1993), “*la utopía es inescindible de la historia y la historia lo es de la utopía. Porque si no sabemos cómo fuimos, no sabemos cómo somos ni hacia dónde vamos*”. Y agrega, no saber a dónde ir es privarnos de la *Utopía*.

Con esa lectura la historia se piensa por lo que vendrá y busca dar significado a nuestro pasado, al presente y al futuro. Y según las diferentes corrientes teóricas, con roles diferenciados. Veamos.

De las diferentes funciones de la Historia: pensar el *Para Qué*

Cuando la pregunta es acerca del para qué de la historia, su función y utilidad, sostiene Carlos Pereyra (1982), la interrogación roza el problema de la legitimidad de su saber. Y las respuestas que proponen filósofos, historiadores e intelectuales de diverso cuño son múltiples y variadas. A continuación presentaremos solo algunas. Estas no agotan el abanico de las perspectivas propuestas, pero aportan a la necesaria reflexión crítica que se espera contribuya al desarrollo autónomo de la disciplina.

a) Para que las acciones del pasado no caigan en el olvido

Los primeros registros de relato histórico tienen que ver con la intención de dejar manifiestas las preocupaciones de las sociedades del pasado. Heródoto de Halicarnaso (485-425 a.C.), por ejemplo, postulaba la necesidad de dejar asentado las acciones de los hombres “*para impedir (... que) caigan en el olvido*”. El acto de registrar, en ese caso, importaba por su proyección futura. El historiador surge así como guardián de la memoria (Dosse, 2003:12). De allí, quien olvida el pasado tampoco tiene proyección futura. Porque la memoria no solo tiene que ver con el pasado, sino construye identidad y persistencia de ese pasado en el futuro.

b) Evitar cometer los mismos errores

El conocimiento de las acciones del pasado se constituye en una guía para el comportamiento del presente y para saber actuar cuando ocurran de nuevo sucesos semejantes. La idea, aplicada a los conflictos, fue postulada por el estratega Tucídides de Atenas (460-395 a.C.), quien sostenía que los hechos podrían preverse porque de alguna manera se repetirían: “*hayan de ser iguales o semejantes*”, según la ley de los sucesos humanos”. Tucídides, buscaba así entender las causas de una guerra y trataba de establecer principios teóricos para prever el futuro. En ese sentido, frases como “*quien no conoce el pasado está condenado a repetirlo*” o “*un país que no conoce –u olvida - su historia está condenado a repetir los mismos errores*”; se alinean bajo ese principio.

c) Dar lecciones del pasado al presente y al futuro

Para Marco Tulio Cicerón (106 - 43 a.C.), la historia era la *luz de la verdad, memoria de la vida, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad*. El pasado enseña y las lecciones del pasado iluminan el

presente. El pasado, por tanto, es guía que comanda el presente y el futuro. En esta concepción el historiador es el “maestro de la verdad”; y esa impronta perdurará “casi ininterrumpidamente hasta el siglo XVIII”, porque las historias “*son útiles como medios demostrativos repetibles en doctrinas morales, teológicas, jurídicas o políticas*”, dirá Koselleck (1993: 43).

d) Para la redención

Con la filosofía judeo-cristiana, la Historia constituyó su propia lógica del devenir *entre la Caída y el Juicio Final*. Así, las historias de vida se desarrollan entre el pecado y la redención; filosofía que da un relato temporal con un principio y un fin, una teleología, un camino a seguir a partir de los postulados dados por San Agustín de Hipona (354- 430 d.C.). En ese marco las historias de santos relatan los sacrificios realizados en el camino a la salvación espiritual y se convierten en ejemplo y paradigma para los feligreses que buscan la salvación de las almas en el paraíso celestial. La historia, entonces, es una esperanza continua hacia los últimos tiempos.

e) Para la formación del gobernante

Vinculada a la política y a la creación de los Estados, la Historia delineó un perfil que permitió extraer enseñanzas sobre el pasado para el ejercicio del buen gobernante. *El Príncipe* escrito por Nicolás Maquiavelo (1469-1527), por ejemplo, es una obra en la cual los ejemplos históricos ofrecen “máximas” y consejos para el estadista.

Al servicio de los Estados Nacionales, para la formación del futuro ciudadano

La acción de promover y conceder la identidad nacional, de pertenencia a un territorio, ha sido fundamental en la formación de los Estados Modernos, por su función política de legitimación. Desde fines del siglo XIX, esto se materializó mediante la escolarización que promovió acciones de reconocimiento del pasado común mediante rituales y conmemoraciones evocativas de la gesta fundacional. Así surgía la enseñanza de la Historia a nivel Escolar. Y ese conocimiento, como la versión más difundida en la sociedad, fue parte de la historia apprehendida por los ciudadanos escolarizados.

Hobsbawm y Ranger (1983), al respecto, plantearon que muchas tradiciones que parecen venir de un pasado “inmemorial”, son en realidad inventadas en tiempos cercanos con la intencionalidad de dar legitimidad al propio Estado, bajo los intereses del grupo dominante. Así, la *invención de la tradición* es legitimadora de la identidad nacional. Por tanto no es posible concebirse la nación sin vincularla a la invención de esa tradición y lo que implica para la ciudadanía establecida.

f) Para situarse en la temporalidad

Para el historiador Enrique Florescano, la función de la historia es “*hacernos conscientes de nuestra historicidad*”. El conocimiento de la Historia, posibilita que individuos, grupos o generaciones puedan situarse en el tiempo en que viven “*en el inescapable presente que irremediamente forjará sus expectativas de futuro*”. Para este autor, es en “*El ineludible juego entre presente, pasado y futuro el ámbito donde los seres humanos adquieren conciencia de la temporalidad y de las distintas formas en que ésta se manifiesta*”. (Florescano, 2012: 364).

g) Para desembarazar la función tradicional de la Historia

Joseph Fontana (1982) busca deslegitimar la función tradicional que se le ha dado a la historia. El estudioso sostiene que desde el inicio y desde las manifestaciones más elementales, *la historia ha tenido siempre una función social: generalmente la de legitimar el orden establecido*. Ello, presentándose de forma enmascarada bajo “*la apariencia de una narración objetiva de acontecimientos concretos*” (Fontana: 1982:15). Esa función ideológica, también denunciada por el francés Paul Valery, podía entenderse como “*el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto*”. Para Valery, la historia *Hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandezas o al de persecuciones, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas.*” (Valery, 1945). Frase que hace referencia, claro, a la crisis de la versión nacionalista, historicista y romántica de la historia tal como fue construida a fines del siglo XIX y que perdurara incluso hasta pasada la Segunda Guerra Mundial.

h) La función de revisar la Historia Construida

Avanzado el siglo XX, son varias las críticas al relato unitario de una Historia Universal de visión lineal, progresista y homogénea. Jean Chesneaux (1988), por ejemplo, planteo “*las trampas del cuatripartismo histórico*”, haciendo referencia a la periodización clásica (Antigua, Media, Moderna y Contemporánea) como un “*viejo sueño de un discurso sobre la historia universal (...) que se halla deteriorado como ese sueño mismo*” (Chesneaux, 1988:103). Crítica a la que se suma Michel Foucault, quien

expresa: “*en lugar de aquella cronología continua de la razón, que se hacía remontar invariablemente al inaccesible origen, a su apertura fundadora, han aparecido unas escalas (...) rebeldes a una ley única, (...) irreductibles al modelo general* (Foucault, 1970: 13). Así, se plantea abandonar el *continuum* reglado de una falsa Historia Universal construida por “*unidades arquitectónicas*” que arranca de la supuesta única “*cuna de la Civilización*” y que presenta un relato histórico dominante: “*racional solo a los vencedores*”, como sostiene Natal Wachtel (1971).

De esta manera, se revisa el recorrido de la selección y secuenciación de la Historia para invertir “*la perspectiva eurocéntrica*” (Wachtel, 1971: 24) y cuestionar los relatos hegemónicos sobre las historias no europeas. Y, en ese sentido, es que se plantea construir la Historia de América desde las mismas fuentes o fuentes indias que posibiliten recuperar la visión de los sometidos. (Carbonari, Formento, Travaglia, 1997; 2013).

i) La historia para el “combate

Marx y Engels expresaron en el *Manifiesto Comunista* (1848) que “*la historia de toda sociedad*” ha sido “*la historia de la lucha de clases*”. En ella “*opresores y oprimidos, en lucha constante, mantuvieron una guerra (...) que terminó siempre, bien por una transformación revolucionaria de la sociedad, bien por la destrucción de las dos clases antagónicas*”. La historia como “arma” es la que se compromete en la lucha para el cambio. Es la Historia que se inicia evidenciando que la explicación hasta ahora dada se escribió desde un lugar: desde el lugar del poder, de los dominados. Y que la historia debe ser entendida en su totalidad: entre las partes que se encuentran en estrecha relación, pues la

historia debe reflejar las múltiples contradicciones articuladas en la totalidad social para asumir la praxis revolucionaria. Tesis en la que Marx sostiene: “*Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo*” (Undécima Tesis Sobre Feuerbach 1845). De esta manera, se busca cambiar el carácter contemplativo de la filosofía para asumir la praxis revolucionaria. Postura que aún mantiene su vigencia para los historiadores marxistas. Al respecto Thompson sostuvo:

“La historia es una forma dentro de la cual luchamos y muchos han luchado antes que nosotros. Ni estamos solos cuando luchamos allí. Porque el pasado no está sencillamente muerto, inerte, ni es confinante: lleva también signos y evidencias de recursos creativos que pueden sostener el presente y prefigurar posibilidad” (Thompson, 1979).

Surgida a fines del siglo pasado, la historia como forma de lucha sigue vigente para quienes denuncian las relaciones de dominación en el pasado y en el presente y pretenden apuntar cambios para el futuro.

j) La profecía de la Historia: el Historiador como profeta.



Fuente: Historia das sociedades de Aquino. Ao livro Técnico S/A. R.J. 1987:16

(Traducción propia).

El historiador como un profeta es como un analista de la realidad que anuncia los tiempos que vendrán. Pero como bien sostiene Vavy

Pacheco Borges: *el diagnóstico del presente puede ayudar a delinear acciones futuras, no más que eso*. (1986: 13). De lo contrario, se impondría un esquema prefijado de cómo las cosas deberán suceder

k) Para la formación ciudadana

La Historia al explicar cómo se han constituido los Estados Nacionales y el Capitalismo a partir de la “doble revolución” (la Revolución Francesa y la Revolución Industrial), a decir de Hobsbawm (2009), proporciona a los ciudadanos argumentos para elaborar sus propias opiniones sobre la sociedad y sus cambios en el devenir histórico económico, político y social. Esta es la contribución específica para entender los macro procesos del mundo moderno. Porque atentos a las grandes transformaciones, y situados en una temporalidad de cargada diversidad social, la historia contribuye a constituir un ciudadano “sensible” frente a la compleja sociedad de su tiempo.

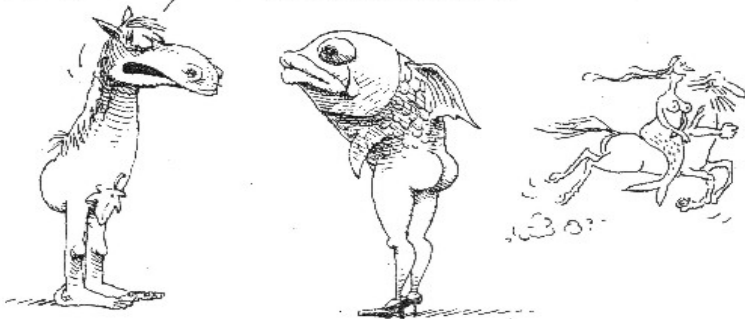
II) La función del Juzgar

Frente a las acciones de los sujetos, en el pasado o en el presente, entendidas como no correspondientes o condenables, también se le ha asignado a la Historia la función de ejercer justicia más allá de la punición o liberación que se establezca. Así, a la Historia se le asigna el rol de otorgar la verdadera justicia. Aunque es dable aclarar que el Historiador no es un juez, como sostiene Ginzburg: *“jueces e historiadores tienen un terreno común, el de verificación de los hechos y por ello de prueba”*. No obstante discrepan inevitablemente. *“El que intenta reducir el historiador a juez, simplifica y empobrece el conocimiento historiográfico; pero el que intenta reducir al juez a historiador contamina irremediablemente el*

ejercicio de la justicia” (Ginzburg, 1991: 111, 112). Claro que cuando se considera que no se ha actuado con justicia, se recurre a la posibilidad que abre el futuro. Las esperanzas y expectativas de un mundo diferente a las injusticias presentes están puestas en el tiempo posterior. Por ende, en la posibilidad de revertir la marcha de la historia. Así, a la historia se le asigna el rol de dar sentencia traspasando el límite temporal de la acción de los sujetos.

La Justicia en la Historia

NO TE PREOCUPES. ALGÚN DÍA, LA MITOLOGÍA REPARARÁ ESTA INJUSTICIA Y ESCRIBIRÁ TAMBIÉN NUESTRA HISTORIA.



Fuente: LOISEAU, Carlos (CALOI); Caleidoscopio, página de humor de la revista dominical de Clarín, Edición n° 17.312, abril de 1994.

Para el filósofo italiano Benedetto Croce (1866 1952) el historiador no puede formular juicios morales de aprobación o condena sobre lo sucedido. La ciencia histórica no es un tribunal intemporal frente al cual debieran presentarse los hombres del pasado para ser juzgados, porque *“nuestros tribunales (...) son tribunales del tiempo presente y para hombres que viven”*. Por tanto, *“Los antecesores no son responsables ante ningún nuevo tribunal”*, (Croce, 1971:204). Para Croce: *“la historia no es*

un ídolo, tampoco es una tragedia de horrores, sino un drama en el cual todas las acciones, todos los personajes (...) son culpables e inocentes, mezclas de bien y mal” (Croce, 1971: 49-50).

l) Comprender y hacer comprender.

Para el análisis histórico, Marc Bloch rechaza totalmente la posibilidad de emisión de juicios: *“Un juicio de valor no tiene razón de ser sino como preparación a un acto y solo posee sentido en relación con un sistema de relaciones morales deliberadamente aceptados”*. Dado que a *“... fuerza de juzgar, se acaba casi fatalmente por perder el gusto por explicar”*. Lo que se pretende es, pues, *“comprender”* que *“no comprendemos nunca bastante bien”*. Para Bloch esta comprensión no es una actitud pasiva, contemplativa, sino por el contrario, el historiador *“escoge, entresaca, reagrupa documentos”*, ordena racionalmente, clasifica por géneros. Es decir, abstrae de la realidad para mejor conocerla y comprenderla, *“establece vínculos, interconexiones, intenta analizar en distintas perspectivas. “El peligro empieza, únicamente, cuando cada proyector pretende verlo todo él solo, cuando cada cantón del saber se cree una patria”* (Bloch, 1978: 109,110, 113 y 117).

Para Febvre, *“el historiador sólo tiene un objetivo. Saber es sólo un comienzo. Juzgar no. Prever, aún menos. Se trata (...) de comprender y hacer comprender”* (1971:133), *“No, el historiador no es un juez, ni siquiera un juez de instrucción. La historia no es juzgar; es comprender y hacer comprender. No nos cansamos de repetirlo”* (1971: 167). El historiador *“arranca del presente y a través de él, siempre, conoce e interpreta el pasado* (Febvre, 1971: 32), lo que permite acercarse a la

comprensión del mundo que te rodea. Son los conflictos del presente por la apropiación del pasado que actúan sobre la historia.

m) Para saber que preservar y qué derribar

Para Chesnaux la historia “*nos ayuda a comprender mejor la sociedad en que vivimos hoy, a saber qué defender y preservar, a saber también qué derribar y destruir. La historia es una relación activa con el pasado*” (...) porque “*El pasado está en todas las esferas de la vida social*” (Chesneaux, 1977: 22). Por ello ayudando a explicar la realidad se contribuye también a transformarla.

ñ) Para comprender a partir de las diferencias

A finales del siglo XX, la Historia fue perdiendo el rol totalizante que anteriormente se le había asignado. Ello, junto a los cambios de los paradigmas dominantes y a las distintas perspectivas de-constructivistas y el planteo del “fin de las certezas” (Cardoso, 2003). El mundo, entonces, cambia y los enfoques teóricos también; así como las interpretaciones y roles que son atribuidos a la Historia. Perdido el horizonte holístico, la propuesta comprensiva mantiene su vigencia, pero esta vez a partir de una mirada que refiere a la diversidad y el reconocimiento de las diferencias. El cambio de enfoque sobre la *Conquista de América* es una prueba de ello (Todorov, 2003). Así surge una nueva propuesta del rol de la historia: rescatar la pluralidad de identidades desde el horizonte de la alteridad.

Algunas reflexiones

Intelectuales diversos: filósofos, historiadores, pensadores de cada

una de las épocas han postulado cierto rol para la Historia. A veces ha sido la política, el compromiso con la verdad, la crítica reflexiva, la denuncia o la sensibilidad para con lo social lo que se constituyó en eje estructurante. En cada época, también, intelectuales de sociedades diversas con intereses diversos, perspectivas y visiones de mundo distintas la han pensado como instrumento de comprensión y profundización de su pasado, así como de herramienta fundamental para pensar su presente y su futuro. Por ello cada producción del campo disciplinar ha transmitido parte de esa visión representativa de su época. Visión que presenta, retiene y expone argumentos, intenciones y búsquedas por expresar desde su lugar y coyuntura las preocupaciones y verdades de la trama social de su época.

Sin duda es una tarea inacabada para cada futuro formador profesional del campo reflexionar críticamente sobre cada uno de los roles asignados y modos en los que la sociedad concibe a la Historia y sus historias. Ello colaborará a mejor visualizar **la simbiótica relación que opera entre lo que se entiende por historia en cada época y las formas que asumen las producciones que en nombre de ella se construyen y circulan**. Camino en la que como un péndulo la Historia oscila entre la abstracción filosófica pura y la constatación empírica, y entre la narración subjetiva y la búsqueda de explicación objetiva.

Si hoy vivimos en una sociedad altamente inestable y rodeada de incertidumbres, no corresponde proponer lecturas que simplifiquen las relaciones. Las especulaciones carentes de datos y las argumentaciones sostenidas en débiles documentos poco colaboran en hacer creíbles las historias que la Historia postula. La indiferenciación de los vocablos

pertinentes al campo y los de uso corriente merecen siempre las especificaciones debidas. Detrás de cada uno de ellos ciertas perspectivas teóricas alumbran los significados que se ponen a disposición. De allí la importancia que asumen los enfoques teóricos y su correcta aplicación. Por ello aventurarse en la profesión de Historiador/a no es repetir fórmulas de procesos históricos ya elaborados, sino indagar y profundizar en las interpretaciones y sus respaldos. Solo cuando logremos advertir los diferentes entramados presentados, lograremos la autonomía necesaria para elaborar nuestras propias convicciones del para qué de la historia.

En ese sentido, Eric Hobsbawm (1994) ya advertía a fines del siglo XX que *“en su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven”* (1994: 13). Así, la cultura de lo instantáneo, hace desvanecer la perspectiva de la temporalidad para comprender la sociedad actual. Cabe al historiador, entonces, la plena conciencia del mundo que comparte y del rol que puede desempeñar para diferenciar y problematizar las temporalidades.

Para Ciro Cardoso el mundo que vivimos es diferente al que lo precedió, porque el dinamismo se da a un ritmo alucinante y la historia podría tornarse *irrelevante*. Ello, a decir del autor, traería aparejado una *amnesia colectiva, voluntaria* que asustaría a los historiadores porque llevaría a una incapacidad de conectar de alguna manera el pasado con el presente (Cardoso, 2005: 16). Uno de los mayores riesgos de esa desconexión temporal sería el de hundirse en una *“especie de idiotez sin pasado...”*. Enfermedad en la que vivían los habitantes de Macondo que tan

bien retrató Gabriel García Márquez (1927-2014). En esa caracterización sostenía: *“...cuando el enfermo se acostumbraba a su estado de vigilia empezaban a borrarse de su memoria los recuerdos de la infancia, luego el nombre y noción de las cosas y por último la identidad de las personas y aún la conciencia del propio ser”*.

En tal sentido, el desafío del profesional por transmitir el conocimiento histórico y generar interés por el mismo hoy es aún mayor que en otras épocas. Si como se supone el mundo cobija cierta población relativamente desmotivada, volver a historizar a los sujetos, conectarlos con el pasado, pero también con el territorio que se habita es una misión impostergable. Mirar la Historia, desde el mundo de la experiencia, desde lo local, desde los sujetos que la recorrieron, desde las variadas y complejas formas que cada localidad, región, ciudad y aldea construye su historia y revisa los macrorelatos que le han dado, es aportar al conocimiento producido para mejor comprender, hacer comprender, saber qué preservar, qué destruir y qué anhelar con mayor autonomía.

Bibliografía

- ANSALDI, Waldo (1993) “*Temas claves que se plantea la historia*”. En *Novedades Educativas*, N° 50. Bs. As.
- BENJAMÍN, Walter (2005) *Obra de los pasajes*.. Akal. Madrid
- BLOCH, Marc (1978) *Introducción a la historia*. FCE. . México
- BORGES, Vavy Pacheco. (1989) *O que é história?*. Brasiliense. São Paulo
- CARBONARI, M. Rosa (2011). El desafío de conocer (aprender/enseñar) la historia de América desde el espacio que se habita: la historia regional y su potencial educativo”. En *Cuarto Rio*.
 .Revista de la Junta Municipal de Historia. Río Cuarto
- CARBONARI, M. Rosa, Formento Liliana y Laura Travaglia (1997). Descubrimiento y construcción histórica: Décadas del Nuevo Mundo. En *Confronto de culturas: conquista, resistênciã, transformaçãõ*., Francisca L. Nogueira de Azevedo John Manuel Monteiro (org.). São Paulo Expressão e Cultura. EDUSP. Volumen 7. São Paulo
- CARBONARI, M. Rosa, Formento Liliana y Laura Travaglia (2013) *Descubrimiento de América. Una historia problemática*.. UniRio. UNRC. Río Cuarto
- CARDOSO, Ciro Flamarión Santana. 2005. *Um historiador fala de teoria e metodologia*.. Edusc Ensaio. São Paulo
- CARR, Edward Hallet. (1970) *¿Qué es la Historia?* Barcelona Editorial Seix Barral.
- CROCE, Benedetto (1971) *La historia como hazaña de la libertad*. FCE. México
- CHARTIER, Roger (1996). La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas. En *La “nueva” historia cultural. La influencia del pos estructuralismo y el auge de la interdisciplinad*. Olavarri, Ignacio y Carpiestegu, Javier (Dir) Ed.. Complutense. Madrid
- CHESNEAUX, Jean (1988) *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y los historiadores*. Siglo XXI. México
- FEBVRE, Lucien (1971) *Combates por la historia*. Ariel. Barcelona
- GALLO, Miguel Ángel (1987) *¿Qué es La historia*.. Ediciones Quinto Sol. México
- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (Dir.) (1993). *Historia de las mujeres*, Taurus, Madrid.

- FERRO, Marc. (1990).
Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero., FCE, México
- FONTANA, Josep (1982)
Historia. Análisis del pasado y proyecto social. Critica. Barcelona
- FREIRE, Paulo (1997)
*Pedagogía de la autonomía:
saberes necesarios para la práctica educativa.* Siglo XXI. México
- GINZBURG, Carlo (1991) *El juez y el Historiador.* Anaya.
Mario Muchnik. Madrid
- HOBSBAWM, Eric y Terence Ranger. 2002.
La invención de la tradición. Crítica. Barcelona.
- KOSSELLECK, Reinhart (1993) *Futuro pasado..* Paidós. Barcelona
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (2008)
Visión de los vencidos, ed. UNAM. México
- LE GOFF, Jacques (1991) *A Nova Historia.* Martins Fontes. Sao Paulo
- MATTOS, Hebe Maria (1995) *Das cores do silêncio:
os significados da liberdade no Sudeste escravista, Brasil século XIX.*
2ª ed., Nova Fronteira. Río de Janeiro
- PEREYRA, Carlos (1980) *Historia ¿Para Qué?* México. Siglo XXI
- TODOROV, Tzvetan, (2003). *La Conquista de América.*
El problema del otro (trad. Flora Botton), Siglo XXI Editores, México.
- THOMPSON. Edward P (1984)
“La Política de la Teoría”.
En *Historia Popular y Teoría Socialista* de Raphael Samuel, Critica.
Barcelona.
- WACHTEL, Nathan (1976) *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la
conquista española (1530-1570)*, Alianza Editorial, Madrid.